

CARO CARDO SALUTIS PARA UNA COMPRENSIÓN CRISTIANA DEL CUERPO

En un mundo de tinte marcadamente terreno cruzado sin embargo por reacciones excesivamente espiritualistas, encuadra el autor su artículo sobre la comprensión cristiana del cuerpo, a la luz de la Encarnación. Estigmatiza y descubre la tácita expresión que se halla en muchas bocas: «o fiel a la tierra ó fiel a Dios», como si se tratase de una antinomia irreductible.

Caro cardo salutis, Hochland, 55 (1962-63), 97-107.

Un cristiano primitivo decía en un inimitable juego de palabras: "Caro, cardo él eje de nuestra salvación. Sin salutis": La carne es él eje de nuestra salvación. Sin embargo, nosotros escuchamos esta frase con cierta extrañeza. Y esa misma extrañeza ante el pensamiento de que nos salvamos por la carne, demuestra lo muy desviados que andamos, debido a una concepción demasiado espiritualista de la Salud. Dios piensa más terrenamente de lo que nosotros, los sublimes, le permitimos. ¿Acaso en este desprecio por la carne no nos alejamos hoy de la única fuente salud, encerrándonos en un espiritualismo estéril; incapaz de sentir la salvación?

Y sin embargo confesamos las nupcias del Logos divino en la carne de nuestra tierra como fuente de salvación: el Verbo sé ha hecho carne, "non horruit virginis ute rum". Dios ha atraído a la Tierra; Dios, el amoroso dador que ha colocado en ella las infinitas posibilidades aceptadas en su libertad creadora.

El cuerpo, Sacramento de Dios

La Encarnación: del Hijo de Dios nos ha descubierto las grandezas y las riquezas que encierra nuestro ser terreno y corporal: Dios ha venido en carne; Dios está en la carne. Ya no existen dos caminos: uno hacia Dios, otro hacia la Tierra; o convergen en uno solo, o apuntan ambos en una misma dirección, pues si los caminos de Dios acaban en carne, nuestros caminos de carne acaban en Dios. El corazón de la Tierra está junto al Corazón de Dios, y nosotros, tardíos espiritualistas, no lo acabamos de creer.

La salvación cristiana es salvación corporal; la gracia baña todo nuestro cuerpo: ha sido derramada en nuestro corazón (Rom 5,5), en ese centro que liga todas las fibras de nuestro ser, y desde el cual la gracia nos invade, renovándonos por entero. Y es justo que sea así: pues si nuestro cuerpo es, por un lado, el lugar en el que el pecado se presenta, -es cuerpo de pecado, (Rom 6,6; 7, 24)-por otro lado es también el lugar donde surge en salvación nuestra, esencialmente corporal (1 Cor 6,19). Salvación corporal que se nos descubrirá en la renovación de nuestro rostro terreno cuando escuchemos el Sí rotundo de Dios a todo lo corporal. Y esto lo creemos porque Jesús desde el corazón de la Tierra (Mt 12,40) toma consigo lo que había aceptado, y ascendiendo, abre el cielo de los corporales, de los terrenos, el cielo en el que el mismo Dios por toda la eternidad mirará con rostro humano, con el rostro del Hijo del Hombre. Pues el cielo cristiano es nuestra Tierra transfigurada, y no una radical interioridad.

Los hebreos pensaban así del Hombre:

a) Unidad del hombre

Unidad del Hombre, no escisión. Si la Revelación se toma tan en serio nuestro cuerpo se debe a una imagen peculiar del Hombre; imagen que llamaremos bíblico-hebrea.

El rasgo fundamental de esta imagen es su unidad. No existe para los hebreos la división conceptual cuerpo-alma; el hombre no tiene cuerpo: es cuerpo. Todos los conceptos antropológicos de la Escritura no son dualistas, sino que parten del único hombre total. (La contraposición de Pablo entre carne y espíritu no supone una división física del hombre, sino que es la caracterización del único hombre total ante Dios: si se abre a Dios, este hombre camina en espíritu; si se cierra -precisamente con su orgullo espiritual- camina en carne, es carne). Por eso para el hebreo, el hombre es un ser corporal que está abierto a Dios; un ser que, cumpliendo su deber para con la Tierra, cumple su deber para con Dios; y siendo fiel a sus antepasados, a su tradición, a su origen, es fiel a Dios.

b) La Tierra, alimento total del hombre

Reflexionemos un poco con el hombre hebreo, tomando en serio el cuerpo y la tierra, comprendiendo lo mucho que encuentra en ellos, lo mucho que representan en su capacidad humana y religiosa.

¿Qué significa para él su tierra? El se sabe vinculado a ella, como incluido en ella. Cuando Dios quiere llamar a Abraham más allá de sí mismo por medio de la fe, le llama para que rompa con su tierra y con sus horas terrenas en las que se encierran las raíces de toda su vida.

¿Qué es para el hebreo el exilio? No se trata de un traslado odiado, sino de separarse de sí mismo y de Dios. Pensemos en las experiencias más sencillas, aparentemente sólo corporales, de su ser: en el reír, o en las lágrimas de Sara; en el hambre, en la sed o en ese inclinarse sobre las cisternas del desierto... Aquí se halla en juego la plenitud de su vida; no es una cosa a la que sin más pueda renunciar. Cielo y tierra se han juntado y se aman en una sensibilidad tan humana, en un gesto tan sencillo. Recordemos la valoración de la palabra humana: no es una señal con la que se da a entender un alma invisible, no; en la menuda palabra humana surge el corazón de un hombre. Por fin, cuando dos seres humanos, por amor, se entregan mutuamente en el cuerpo, el hebreo - lejos de una divinización de lo puro corporal- habla de un conocer...

¡Nos damos cuenta de qué empobrecimiento ha experimentado lo terreno-corporal en nuestros días, tan actuales... !

c) Posición hebrea ante la muerte

A partir de aquí se comprende qué dificultades encuentra el hebreo ante la muerte. Para él lo corporal es todo, y la muerte afecta a todo el hombre. El hebreo no puede echar mano de la salida verdadera, pero meramente conceptual, de que la muerte es la separación del alma y del cuerpo. Con gran timidez tropieza ante la muerte; no se atreve

a contestar y de esta manera se mantiene abierto para escuchar la palabra salvadora de Jesús, acerca de la resurrección de la carne.

Pero la antropología griega...

En tiempo de Jesús también se daba otro modo de pensar acerca del hombre y de la muerte; era un pensamiento filosófico, cultivado, que tomaba demasiado poco en serio el ser corporal del hombre.

Para el saber griego, el hombre era división; dos principios se daban cita en él. Tenía cierta esquizofrenia que le llevaba a optar por uno o por otro: o puro culto al cuerpo, o desprecio del mismo. La muerte era sentida como ruptura de dicha tensión y como liberación y amenaza a un tiempo. Pero de este modo, su pensamiento estaba cerrado para aceptar la verdadera solución de Dios. Pensemos en el incidente de Pablo con los atenienses (Act 17,32), cuando éstos se burlan al oír que la carne resucitará. En cada risa de burla se abre un gran malentendido sobre la corporalidad humana, malentendido que también ensombreció la comprensión cristiana del cuerpo...

a) Historia del malentendido

La imagen bíblico-hebrea del hombre choca con la griega. Esta última concibe al hombre de un modo conceptual y formalista, lo que le permite distinguir con excesiva claridad dos partes en el hombre; lo corporal, lo espiritual. No mira a lo original humano, al único hombre, sino que para ella lo original es la tensión cuerpo-alma. La gran Filosofía de entonces, el Platonismo, absolutiza la oposición y coloca al hombre del lado del espíritu contra la naturaleza, del alma contra el cuerpo; como si el hombre fuera puro espíritu, cuya misión consistiera en declarar falaz el mundo corpóreo, y en volver, liberado del cuerpo, a su perdida patria espiritual.

En este horizonte griego-platónico irrumpe el cristianismo. ¿Qué sucede? Al principio el cristianismo es más vivido que reflexionado, más predicado que enseñado. Pero pronto necesita pensarse, esclarecerse, transformarse en Teología. Y ¿qué hace? Utiliza los esquemas y conceptos del pensamiento griego. Referido a nuestro tema, esto significa: la imagen revelada acerca del hombre busca esclarecerse en el esquema mental de las relaciones alma-cuerpo.

b) Tentación de Platonismo

¿Qué ocurrió? Había gran peligro de aceptar junta al lenguaje, el horizonte; junto al concepto, la intuición. ¿Y no era seductora la tesis griega? ¿No fue Platón con sus pensamientos sobre la inmortalidad del alma el profeta que preparó el terreno al cristianismo, señalando la inmortalidad del alma en su victoria contra la caducidad de toda carne? ¿No debía el cristiano considerar el cuerpo como el vestido que se quita finalmente, como la cárcel de la que se libra para volar hacia Dios, ante cuya mirada aniquiladora toda carne se derrite como lo inconsistente?

La tentación era grande, e influyó poderosamente de un modo subterráneo y oscuro; y todavía sigue influyendo: ¿No existen en realidad muchos platónicos actuales para quienes el dogma de la resurrección de la carne es algo así como la cubierta para la inmortalidad del alma?

El Platonismo influyó mucho. Pero poco a poco crecía la sensación de la gran amenaza que el dualismo griego representaba para la doctrina bíblica. La reflexión teológica se abre a nuevos pensamientos; mira hacia Aristóteles; en quien resalta más la unidad humana. Y es por fin Tomás de Aquino quien, con su mismo lenguaje conceptual, vence el dualismo griego esclareciendo la unidad bíblica del hombre. Y el magisterio eclesiástico se apropia este lenguaje, cuando en el Concilio vienense pone toda su fuerza en la unidad natural del hombre y en la pertenencia del cuerpo al único hombre.

Nueva comprensión del hombre

a) El cuerpo, expresión del alma

Poco espacio tenemos aquí para analizar detalladamente cómo se debe concebir la relación cuerpo-alma. propugnada por Tomás, y aceptada por el magisterio. Pero no recaigamos en un platonismo. Para Tomás, el único hombre no son dos cosas: esto -cuerpo- y esto -alma-. En realidad sólo existe un hombre, todo alma y todo cuerpo, pues la distinción es de orden metafísico. El cuerpo es la expresión del alma; es el alma misma que sale hacia fuera, hacia el tiempo y hacia el espacio. No es, pues, algo distinto del alma, sino que es ella misma, que para vivir, se hace cuerpo. Pongamos una comparación: Si dando un pinchazo, agujereo un papel, claro está que esté pinchazo sólo existe como papel agujereado, y que no se puede preguntar qué es antes, el pinchazo o el agujero en el papel. Así tampoco podemos preguntar, en el hombre, qué es antes, el alma o el cuerpo. El cuerpo siempre es un cuerpo consciente, y el alma siempre es la conciencia de un cuerpo. No se puede dar en el único hombre un cuerpo inanimado como tampoco un pensamiento desencarnado, separado de toda imagen. De este modo el alma se transparenta en el cuerpo, y el cuerpo adquiere infinita profundidad por el alma.

Ya el lenguaje nos advierte que atendamos a esta transparencia: hablamos de cabeza, y no de cerebro (puramente corporal); distinguimos el ir, del andar, el inclinarse del agacharse... es decir, con ello intentamos expresar el brillo del alma en el cuerpo, diferenciándolo así de toda corporalidad sorda, inexpresiva.

Siendo esto así, siendo el cuerpo la expresión del alma, no se puede. hablar de la invisibilidad fundamental del alma, no se puede decir que allí es el hombre pensado en su verdadera realidad, donde se le concibe espiritualmente, separado de toda corporalidad.

¡Ojalá tuviéramos una mirada un poco más aguda sobre los últimos fundamentos del ser corporal! Tal vez seríamos más silenciosos en nuestros encuentros, pues entregaríamos más en la mirada y no en un charlar aproximado y vagamente dirigido hacia una vacía e interior invisibilidad... "Y Jesús le miró"; nada más; lo que siguió fue solamente la expresión con palabras de aquel movimiento salvador que ya se había efectuado en el momento de cruzarse las miradas.

b) El cuerpo hace posible la comunidad

Esta observación puede hacernos atender a otra característica de nuestro ser corporal: en el cuerpo, un hombre se abre a otro. Cuerpo es conversación antes de que las primeras palabras hayan sido intercambiadas. Por el cuerpo nos vemos obligados con exigencia a vivir juntos. El hombre, como ser corporal, siempre está con los demás, entre los demás, para los demás. Nosotros, los corporales, no vivimos de reflejos o de monólogos, sino de conversación, de intercambio; siempre vemos, sorprendidos, nuestra alma y su belleza en la ajena. Por eso, porque el ser corporal es ser -con- otros, la felicidad nos está garantizada como una comunidad nupcial en el único reino de Dios, terrestre y celestial. Mientras que la condenación será un sordo aislamiento, reflejo de una existencia cerrada y no participada.

c) El cuerpo obliga a obedecer

Ya que por el cuerpo nos encontramos instalados hacia lo exterior, también por el cuerpo lo exterior penetra en nosotros violentamente, sin consultarnos, como riesgo y amenaza. Estamos ligados al exterior; nos condiciona. Nuestro destino propio no lo elaboramos a partir de nosotros mismos y de nuestra libre decisión personal, sino a partir de la realidad que nos circunda. La libertad humana no proyecta independientemente, sino que su dignidad consiste en aceptar libremente el deber que se le impone, en entregarse a lo que viene, en obedecer.

Esta es la debilidad de nuestro cuerpo. Debilidad que introduce en lo más íntimo una tensión fuerte entre libertad y destino, encuentro y amenaza, entrega amorosa y respuesta ingrata, vida y muerte. Y así, no acabamos de encontrar una respuesta clara a esta pregunta que una corporalidad tomada en serio, querida y sufrida, nos presenta.. Pero tal vez por ello nos hemos hecho mas sensibles a aquella palabra que nos ilumina desde el evangelio. Pues uno, Cristo, nos dice el evangelio, ha recorrido el camino de la Tierra, el camino de los hombres hasta el fin. Uno no ha esquivado el dolor, constitutivo de nuestro ser corporal, sino que lo ha hecho expresión de su entrega, sacramento del gran Sí frente a ese sí tímido. que se esboza en nuestro corazón ante toda prueba dolorosa. Uno se ha capacitado para la gran obediencia de nuestra libertad terrena, herida hasta la muerte, y con ello ha abierto el cielo sin traicionar a la tierra.

Conclusión

Visto, pues, a la luz de la teología, el cuerpo no es el lugar donde sucede algo sin importancia. Cuerpo no es orín que al fin uno se sacude del hierro del alma; ni rígido andamio que tiene que ser derribado cuando un alma ha ganado ya sus méritos eternos; no. En el cuerpo se ha elaborado nuestra imagen definitiva; y la tierra misma entra demasiado en nuestro ser para que nos podamos entender y amar sin ella. Lo que será consumado en las horas terrenas corporal y dolorosamente ante el rostro oculto de Dios, debe ser ingrediente de nuestra eternidad. Nadie pone tanto peso en el cuerpo y en la tierra como el cristiano; le está prohibido despreciar el cuerpo y su tensión mortal, ya que por ella adquiere su consumación al mismo tiempo que, como pregunta, le abre a la plenitud con que Dios le responde: "Vi un nuevo cielo y una nueva tierra... y vi la santa ciudad de Dios como nueva Jerusalén que descendía del cielo adornada como una

esposa para su esposo. Y oí una voz que clamaba desde el trono: Ved la morada de Dios entre los hombres; habitará entre vosotros... secará toda lágrima de vuestros ojos; y no habrá ya muerte ni dolor ni lamento ni pena. Y el que se sienta en el trono habla y dice: Mira, yo lo renuevo todo". (Apoc 21,1 y ss.)

**Tradujo y condensó: FRANCISCO CUERVO-ARANGO
FERNANDO MANRESA**